

comenzado hace algún tiempo, supón que hemos hecho nuestro convenio hace siete días, y empieza mañana.

Dile las gracias de la manera más afectuosa, y le besé la mano á uzanza del país.

Después empecé á esperar con impaciencia la llegada del día siguiente.

## XVI

## Los matrimonios del tío Alifafes

## SEGUNDO MATRIMONIO DEL MISMO

## NAHI-NAVA-NAHINA

No me había engañado, continuó el tío Alifafes después de apurar un vaso de ron; la pesca fué excelente: durante los seis días que me entregué á este ejercicio, pesqué por valor de siete mil francos de perlas, y no encontré á la Buchold ni una sola vez, ni vi la cola á ningún tiburón.

La estación de la pesca había tocado á su término; di gracias nuevamente á mi chingulés, ofreciéndole mis servicios para el próximo año, y habiendo realizado mis productos, me retiré á Negondo, precioso pueblo rodeado de encantadores prados y de bosques de árboles de canela.

Tenia intenciones de emplear el intervalo que debía transcurrir entre una y otra estación, en un comercio cualquiera, bien fuera de canela, bien en telas. Esto para mí no era difícil, pues la población que dominaba en

Colombo, una de las capitales de la isla distante sólo algunas leguas de Negondo, era como hoy población holandesa.

Empecé por comprar una casa en Negondo, lo cual no era un gasto exorbitante, pues por trescientos francos adquirí una de las más bonitas del pueblo. Era una preciosa casita de bambúes y de cocos, de un piso únicamente; tenía tres habitaciones, y para mí era más que suficiente. Por ciento cincuenta francos me hice de un ajuar de casa completo. Componíase de una cama, cuatro esteras, un mortero para moler arroz, seis platos de barro y un raspador de cocina.

Ya había decidido la clase de comercio á que me había de dedicar; comprar telas de Europa en Colombo y hacer cambios con los bedaths.

Voy á explicaros lo que son los bedaths:

Es una raza salvaje que vive independiente en los bosques; no tiene rey ni amo que los gobierne, y se alimenta de la caza. No tienen necesidad de comprar casas, atendido á que no tienen ciudades ni pueblos, ni siquiera una simple cabaña. Su cama es el pie de un árbol rodeado de ramas de espinos: cuando un elefante, un león ó un tigre trata de atravesar por aquella valla, los despierta el ruido de las ramas, se encaraman al árbol, y desde su copa se burlan de los tigres, de los leones y de los elefantes. Respecto á las serpientes, aunque sean de las de *copra di capello*, de las de *caravilla*, de las *til polonga* ó de las *bodrou pam*, cualquiera de las cuales os mata un hombre con la prontitud que vos podéis matar una mosca, no hacen caso de ellas, porque tienen un encanto contra sus picaduras: el único reptil que temen algo es el *pembera*, el cual si no tiene veneno se traga un hombre como yo puedo tragarme una ostra; pero ya comprenderéis que estos insectos tienen de 25 á 30 pies de largo, por cuya razón no son comunes. Para

abreviar, os repito que no tienen casa ni hogar, y pasan perfectamente sin ella.

He aquí el modo que se tiene de hacer comercio con ellos: cuando necesitan algún objeto de manufactura, como hierro y telas por ejemplo, se acercan á las ciudades ó á los pueblos, depositan en un sitio convenido cera, miel ó marfil, escriben en mal portugués en una hoja de árbol lo que desean en cambio, y se les lleva.

Me puse, pues, en comunicación con los bedaths, é hice algunos cambios por marfil.

Entretanto me había formado una sociedad. Frequentaba con bastante intimidad el trato de un valeroso chinulés, famoso jugador de damas y que comerciaba en canela. Se había arruinado diez veces al juego, y había vuelto á hacer su fortuna otras diez veces para arruinarse de nuevo. Era el hombre más conoedor en canela de toda la isla quizá, y al ver un canelo: — ¡ Bueno! exclamaba, este es el verdadero couroundon, es decir, es lo mejor que hay. Debo advertiros que en Ceylán hay diez clases de canelos, y es muy difícil distinguirlos; mi amigo jamás se engañaba. ¿ En qué podía reconocerlos? ¿ en la forma de la hoja, muy semejante á la del naranjo? ¿ en el perfume de la flor? ¿ en su fruta amarilla del tamaño de una aceituna? No sé; lo cierto es que ponía la mano sobre un canelo, le quitaba la primera corteza, después la segunda, la dejaba secar, la liaba en un pedazo de tela de coco, ponía nombre al paquetito y no había que decir una sola palabra; ni siquiera era necesario ver la muestra.

Así que tenía el dinero en el bolsillo comenzaba á hacerlo sonar, y el que quería jugar á las damas tenía quien le hiciese la partida.

Tal vez sabréis que los chinguleses tienen una afición desesperada por el juego. Cuando no tienen dinero juegan sus muebles; cuando no tienen muebles juegan

sus casas; cuando no tienen casas juegan un dedo, dos, tres, y así sucesivamente....

— ¡ Cómo! ¿ un dedo, dos, tres?... interrumpi.

— ¡ Perfectamente! el que pierde pone un dedo sobre una piedra; el que tiene coge una hacha y le corta con la mayor habilidad la falange convenida. Ya comprenderéis que no hay obligación de jugar el dedo entero, sino que se juega una falange; el que pierde empapa el dedo en aceite hirviendo, lo cual cauteriza instantáneamente la herida, y sigue jugando. Mi vecino Vampounivo tenía tres dedos de menos en la mano izquierda; al llegar al pulgar y al índice se detuvo; pero no respondo que á la hora presente no se hayan ido á reunir con los demás.

Conmigo nunca llegaba á ese extremo; yo jugaba una perla ó un diente de elefante contra una partida de canela. Perdía ó ganaba, y se acabó.

Una noche, en el momento en que comenzábamos nuestra partida de damas, vi presentarse de repente en el umbral de la puerta una preciosa mujer que entró y se echó al cuello de Vampounivo.

Era su hija; tenía diez y seis años y no se había casado más que cinco veces.

Debo advertiros que en Ceylán se puede dejar á la mujer cuando se cansa uno de ella. Ahora bien, la hermosa Nahi-Nava-Nahina, este era el nombre de la hija de Vampounivo, había hecho cinco ensayos, y descontenta siempre de sus maridos, había vuelto á la casa paterna.

Conoci que deseaban hablar de negocios y me sali discretamente del cuarto.

Al día siguiente vino á buscarme Vampounivo. Su hija le había preguntado varias veces quién era el europeo que jugaba á las damas con él cuando ella entrara, y deseaba que la tratase.

Os lo repito, Nahi-Nava-Nahina era una mujer sober-



— ¿Conque tengo un hijo desde hace dos meses? exclamé. Pero, ¿cómo puede ser eso? ¿no hace más que nueve meses que nos casamos!

— Ya sabéis, amigo mio, que hay partos precoces, y es sabido que los médicos dicen que los niños que nacen á los siete meses pueden vivir.

— ¡Hum! murmuré.

— Elegí por padrino, continuó la maldita, al burgo-maestre Van-Clief, en cuya casa pasé tres meses antes de nuestro casamiento.

— ¡Ah! exclamé.

— Sí, y prometió educármele.

— ¡Ah! ¡Ah!

— ¿Qué queréis decir?

— Nada; me alegro que Joaquín Van-Clief... pues señor, á lo hecho pecho. Pero ¿por qué demonios os mezcláis en lo que pasa en Ceylán, cuando yo no me ocupo de lo que pasa en Monnikendam?

— Ingrato, dijo la Buchold; ¿y recibís de este modo mis demostraciones de amor? ¿Habrà muchas mujeres que atravesen cuatro mil leguas para ir á pasar una noche con su marido?

— ¡Ah! ¿No venís más que á pasar una sola noche conmigo? repliqué un poco más tranquilo.

— ¡Oh! nada más, respondió; ¿cómo queréis que abandone al pobre inocente que gime allá lejos?

— Es verdad.

— Que no tiene en el mundo á nadie más que á mi.

— Tenéis razón.

— ¿Y así me recibís, ingrato?

— Pero, señora, me parece que no os he recibido del todo mal.

— Sí, porque me tomabais por otra.

Al oír estas palabras, me rasqué la cabeza. ¿Qué había sido de aquella *otra*? Confieso que me hallaba algún tanto

inquieto acerca de su suerte; pero no obstante lo que más me inquietaba en aquel momento era la maldita Buchold.

Juzgué conveniente, puesto que ella no lo hacía, no hablar una sola palabra del golpe mortal que le había dado; y finalmente, puesto que se iba á marchar al día siguiente, me decidí á estar con ella lo más amable del mundo.

Tomada esta resolución, no hubo entre nosotros más discusión.

Á cosa de las tres de la mañana me quedé dormido.

Cuando desperté miré á mi alrededor.

Estaba solo.

No obstante en la puerta se oía un ligero ruido.

Era el padre de la hermosa Nahi-Nava-Nahina, que en compañía de toda la parentela venía á cumplimentarme por mi noche de bodas.

Ya comprenderéis que antes de abrir la puerta mi primer cuidado fué averiguar lo que habría sido de la hermosa Nahi-Nava-Nahina. No estaba muy tranquilo respecto á la situación en que debía hallarse la pobre mujer, pues la Buchold era capaz de todo.

Llamé en voz baja, pues no me atrevía á gritar.

— ¡Nahi-Nava-Nahina!...

— ¡Hermosa Nahi-Nava-Nahina!

— ¡Encantadora Nahi-Nava-Nahina!

Nada.

Al fin creí percibir un suspiro.

Este suspiro procedía de un gabinete pequeño contiguo á la alcoba.

Abri este gabinete y encontré á la pobre Nahi-Nava-Nahina atada de pies y manos, con una mordaza en la boca y tendida sobre una estera.

Precipitéme hacia ella, la desaté, le quité la mordaza, traté de explicarle lo que había pasado; pero ya com-

prenderéis que encontré una hiena más bien que una mujer. No había entendido lo que habíamos hablado la Buchold y yo, porque hablamos en holandés; pero no obstante, creo que comprendió algo.....

Por más que hice no pude apaciguarla. Declaró terminantemente á su familia que estaba más descontenta del sexto marido que de los cinco anteriores; que los maridos europeos tenían con sus mujeres peores modales aun que los chinguleses, y que deseaba salir de una casa donde la habían hecho pasar la primera noche de bodas atada de pies y manos, con una mordaza en la boca y tendida sobre una estera, mientras que su marido estaba al lado de otra.....

Tanto hizo que amotinó contra mí al padre, á los hermanos, á los sobrinos, á los primos, etc... de tal suerte que al fin conocí lo imposible que era ya para mí permanecer más tiempo en Negondo, resolví devolver al padre su cajón de canela, cediéndole mis colmillos de elefante, y me marché á buscar fortuna á otro punto de la India.

Dime prisa á realizar mi pequeño haber, que ascendía á 40 ó 42,000 libras á lo sumo. Encontré un buque que se daba á la vela para Goa, y me embarqué en él ocho días después de mi segundo casamiento, cuyo lamentable desenlace acabáis de escuchar.

El tío Alifafes lanzó un suspiro que probaba el profundo recuerdo que había dejado en su imaginación la hermosa Nahi-Nava-Nahina.

Apuró otro vaso de ron y continuó:

## XVII

## Los matrimonios del tío Alifafes

## TERCER MATRIMONIO DEL MISMO

## UN AUTO DE FE

Pasé en extremo mortificado los ocho días siguientes á mi matrimonio que tuve que permanecer en Negondo.

Los chinguleses, cuando cobran aborrecimiento á un hombre, tienen una manera muy singular de vengarse de él. En Italia se paga á un hombre para que dé una puñalada al enemigo, y punto concluido; en España se la da uno mismo; pero en ambos casos la cosa tiene sus inconvenientes. Si pagáis á un asesino, éste puede denunciaros. Si os vengáis por vos mismo, podéis ser visto. Pero en Ceylán, país civilizado de mucho tiempo acá, están mucho más adelantados que en nuestra pobre Europa.

En Ceylán matan á un hombre por un accidente cualquiera.

He aquí el medio que usan generalmente para desembarazarse de su enemigo.

Ya sabréis que Ceylán es el país natal de los elefantes. En Ceylán se encuentran estos animales, como en Holanda los patos. Ceylán provee al mundo de marfil y á la India de elefantes.

Ahora bien, los elefantes son unos animales llenos de inteligencia, y en aquel país ejercen todos los oficios

imaginables, aun el de verdugo. En este caso aprenden tan bien su papel, que proceden según el programa que se les enseña. Cuando el criminal está condenado á morir descuartizado, le arrancan uno tras otro los brazos y las piernas, y en seguida le matan. Cuando está condenado á muerte simplemente, cogen al paciente con su trompa, lo arrojan al aire y le reciben en los colmillos. Cuando hay circunstancias atenuantes, cogen al condenado con la trompa, le dan tres ó cuatro vueltas en el aire como hace un pastor con su honda, y le tiran por alto; si no encuentra un árbol ó no cae sobre un terreno duro, suele no morir y solamente perder un brazo, una pierna, ó quedarse con el cuello torcido para toda su vida.

Ahora ya comprenderéis mis temores. Todo el mundo tiene allí su elefante, y cada elefante tiene su conductor. Convidáis á uno de estos conductores á fumar una pipa de opio, ó á mascar una hoja de tabaco, ó á beber un vaso de aguardiente, y le decís:

— Daria de buena gana 10, 20, 30, 40, 50 rupias al hombre que me anunciase que *fulano* habia muerto.

Se entiende que este *fulano* es el nombre del individuo á quien queréis matar.

— ¿De veras? dice el conductor.

— ¡Palabra de honor!

— Vengan esos cinco, y si llevo á saber su muerte, os prometo que seré el primero en veniroslo á anunciar.

Ocho días después os cuentan de como un elefante, al pasar por cerca de un pobre hombre que no le habia hecho ningún mal, se enfureció de repente, le cogió con su trompa, y á pesar de los gritos del guía le tiró tan alto, tan alto, tan alto, que antes de caer estaba muerto.

Por la noche se encuentra al conductor ebrio hasta más no poder, y cuando se le pregunta responde que se habia embriagado de desesperación.

Al día siguiente entierran al muerto al estilo del país,

es decir, arrancan un árbol, hacen una fosa, colocan en ella el cadáver, llenan de pimienta los espacios vacíos, y le dejan allí hasta que obtienen permiso para quemarlo.

Esto era cuanto tenia que temer.

Así, pues, durante los últimos días que permanecí en Negondo, siempre que veía un elefante, me separaba prudentemente de su lado.

Indecible fué, pues, el gozo que sentí al verme en un bergantín doblando la costa de Malabar.

Tres semanas después de haber salido de Negondo desembarcaba en Goa.

Me habia embarcado en un buque portugués, y durante el camino noté que el capitán tenia tanta prisa por llegar, que no pude menos de preguntarle las causas de aquella celeridad. Respondióme que era muy buen católico, y que estaba íntimamente persuadido de que si podía llegar á tiempo para asistir al *auto de fe* de 1824, obtendría su salvación.

Debo deciros que en Goa los autos de fe no se hacen más que cada dos ó tres años. Ya comprenderéis que con este motivo son en extremo brillantes.

Pues señor, tanto fué lo que trabajó aquel demonio de capitán, que, Dios mediante, llegamos tres días antes de la ceremonia.

Gracias á él encontré el mismo día de mi llegada alojamiento en casa de una familia portuguesa; quise arreglarme desde un principio para comer, almorzar y hacerlo allí todo. Pero el capitán, que era hombre entendido en la materia, me dijo que me esperase, porque quizás no me convendrían las costumbres portuguesas.

En efecto, el día mismo de mi llegada me convidaron á comer en casa de mis huéspedes, y viendo que todos comian en un mismo plato, resolví hacerlo aparte de allí en adelante; durante la noche recorri la población

de tal modo y con tan buen éxito, que encontré una casita que se alquilaba en el puerto, la cual, aunque estaba admirablemente situada, tenía un piso y un precioso jardín, se me adjudicó mediante la cantidad de dos rupias al mes, es decir, poco más de cinco francos.

— Decidme, Biard, dije volviéndome hacia mi compañero; ¿si fuésemos á Goa!

— ¡Psch!... respondió Biard como un hombre á quien no le disgustó del todo la proposición.

— Id á Goa, id á Goa, repuso el tío Alifafes; es un país muy hermoso, y se vive en él casi por nada. Hay soberbias mujeres; solo debéis desconfiar del *troa* y de la inquisición.

— ¿Y qué es el *troa*? pregunté.

— Ya os lo explicaré más adelante, continuó Alifafes; cada cosa llegará á su tiempo. La casa alquilada hubo que amueblarla lo mismo que la de Negondo, donde 'ampoco están caras. Solamente que como yo tenía mi fortuna en oro, me vi en la necesidad de recurrir á los que lo cambiaban, cuyo oficio, lucrativo en extremo, es dar á los extranjeros una mala moneda de cobre en cambio del oro y de la plata. Dos ó tres veces tuve que recurrir á ellos en un mismo día; de suerte que como cada vez me habían visto sacar del bolsillo monedas de cinco y de diez florines, no fué menester más para que corriese la voz en una ciudad pobre y arruinada como Goa de que había llegado á ella un nabab.

Así, pues, aquella misma noche me fueron á visitar dos ó tres señoritas nobles que, según su costumbre, me enviaron á su eriado para pedirme limosna, mientras que ellas esperaban en un palanquín á la puerta, en el caso en que desease verlas. Estaba demasiado cansado de mi viaje; de manera que me contenté con darles lo que me quedaba de mi moneda de cobre, dos ó tres rupias poco

más ó menos, lo cual les confirmó en la idea de que era un rico comerciante.

Al otro día visité el pueblo, las iglesias, que son bonitas, y sobre todo la de Nuestra Señora de la Misericordia; el hospital real, que está situado á la orilla del río, y que tomé desde luego, no por hospital, sino por un palacio; la plaza de Santa Catalina, la calle Derecha, el mercado perpetuo, donde se encuentra todo lo que uno necesita, muebles, ropas, legumbres, utensilios de toda especie, esclavos de ambos sexos, en cuya mercancía no pueden engañarle á uno, porque se venden desnudos; la estatua de Lucrecia, que por la herida misma que ella se había hecho, brota bastante agua para dar de beber á todos los habitantes de la ciudad; los árboles plantados por san Francisco Javier, y que gracias á su sagrado origen no han sido podados jamás. Volví, pues, á casa convencido de que el mejor comercio entre todos los comercios es el de frutero.

Voy á explicaros la manera de comerciar que hay en Goa: Se compra en el bazar una docena de jóvenes hermosas por veinte ó veinticinco escudos, se las cubre con un traje elegante, se adornan sus manos con sortijas, se las ponen pendientes en las orejas, una cesta llena de fruta en la cabeza, y desde las ocho de la mañana se las deja recorrer las calles de la ciudad. Los jóvenes ricos de la población, que son aficionados á la fruta y á las muchachas, las hacen entrar en su casa y hablan con ellas. Algunas venden al día diez ó doce canastas de fruta. Aun cuando no vendiesen cada cesta más que en una rupia, como el dueño no tiene obligación de darles nada del producto de la venta, ya podéis conocer que este comercio no es del todo malo.

Lo que me chocó en el principio era no ver en las calles más que esclavos, mestizos ó indios naturales; verdad es que de vez en cuando pasaba un palanquín lle-

vado por negros; pero cerrado tan herméticamente que no se podía distinguir á la persona que iba dentro, la cual sin embargo veía á todo el mundo por unos agujeros hechos al efecto.

El primer día me lamenté de aquella falta total de mujeres, lo cual entristecía el aspecto de la ciudad; pero después me dijeron que al día siguiente vería en el campo de San Lázaro lo mejor que había en la ciudad. Pregunté lo que era el campo de San Lázaro, y me respondieron que era el sitio donde se celebraba el *auto de fe*.

Habíanme advertido que era en extremo difícil lograr asiento reservado, á menos que no se tuviese alguna influencia. En cuanto á los demás sitios, era necesario aguardar mucho tiempo. Sin embargo, como todo el mundo me suponía rico, tuve asientos de sobra, los cuales bajaban de precio á medida que veían que yo comerciaba, y al fin llegué á adquirir un billete debajo del palco del virrey por menos de dos rupias.

La ceremonia iba á tener lugar justamente el mismo día del santo patrono de la inquisición, y puedo asegurar que fui el único que durmió aquella noche en Goa. Continuamente circulaban por las calles cuadrillas de muchachas cantando y bailando, lo cual manifestaba, según había oído decir más de veinte veces aquella mañana, que iba á verificarse algún acto agradable al Señor.

Como he dicho antes, tenía un sitio reservado en el circo que se había formado alrededor del auto de fe; así es que pude gozar sucesivamente de todos los detalles del espectáculo. En primer lugar ví salir á los condenados de su prisión; había más de doscientos.

Pregunté cuánto tiempo duraría el acto, pues un número tan crecido de pacientes reclamaba lo menos una semana; pero el personaje á quien dirigí esta pregunta, que era un rico mercader portugués de la ciudad, me respondió moviendo tristemente la cabeza á un lado y á

otro, que el tribunal de la inquisición obraba cada día con más celo, y que entre toda aquella turba de paganos y de herejes sólo había tres condenados á morir quemados, pues la pena de los demás que habían tenido la suerte de librarse de los rigores del santo oficio, consistía en cinco ó más años de prisión, y otros en asistir por todo castigo al suplicio de los tres miserables que por sus delitos habían merecido la pena de morir abrasados. Pregunté quiénes eran los infelices destinados á sufrir esta pena, y mi amable interlocutor me respondió que era muy fácil reconocerlos, atendido á que en sus largas túnicas negras llevaban su retrato colocado sobre carbones encendidos rodeados de llamas, y una multitud de diablos bailando en derredor de esta hoguera; los condenados á la prisión, en vez de llevar las llamas hacia arriba, las llevaban en dirección contraria; aquellos cuya pena consistía simplemente en asistir á la ejecución, llevaban unas túnicas negras listadas de blanco y sin ninguna llama.

Primeramente estos condenados fueron conducidos desde la prisión á la iglesia de los jesuitas, donde les leyeron á cada cual su sentencia, la cual sin duda no ignoraban, por la clase de túnica con que iban vestidos. Oyeron misa, después de lo cual se les leyó el juicio, y la procesión fúnebre se encaminó al campo de San Lázaro.

No me habían engañado; todas las mujeres más nobles, ricas y elegantes de Goa estaban allí reunidas en un espacio poco más ó menos del mismo tamaño que cualquier plaza de toros; las gradas estaban tan llenas de gente, que á cada momento parecía que iban á hundirse; en el centro se elevaba la hoguera, y al lado de ella un pilar de madera en forma de prisma triangular; en cada uno de sus lados había una argolla de hierro para sostener al condenado, y enfrente de cada argolla un altar con un crucifijo, á fin de que el reo pudiese gozar hasta



la última hora de la dicha de ver á Nuestro Señor Jesucristo.

Á mi compañero y á mí nos costó trabajo llegar á nuestro sitio; pero al fin lo conseguimos justamente en el momento en que los condenados entraban en el sitio de la ejecución por una puerta colgada de negro y sembrada de lágrimas de plata.

En el momento de entrar se entonaron por todas partes cánticos religiosos, y las mujeres empezaron á pasar por sus dedos magníficos rosarios, unos de ámbar y otros de perlas, dirigiendo al través de sus velos medio levantados miradas á derecha é izquierda. Creo que fui reconocido por aquel á quien llamaban el rico mercader de perlas, porque la mayor parte de las miradas se fijaban en mí; verdad es que como estaba debajo del palco del virrey, tal vez interpretaría en favor mío las miradas dirigidas á él.

Comenzó la ceremonia; cogieron á los tres reos por debajo del brazo y les ayudaron á subir á la hoguera, lo cual consiguieron con gran trabajo; ya comprenderéis que no les haría mucha gracia que los quemasen vivos. En fin, después de algunos esfuerzos llegaron á la plataforma; los ataron á las argollas con cadenas de hierro, en atención á que las cuerdas las consumirían las llamas al momento, y entonces sin duda ninguna los reos saltarían de la hoguera al suelo, comenzarían á correr ardiendo por el circo, lo cual sería altamente escandaloso, y redundaría en perjuicio de sus almas, cuando por el contrario las cadenas de hierro los sujetaban y no les permitían moverse.

Pero como todas las cosas por ingeniosas que sean tienen un flaco, en defecto de este peligro hay otro, y es que los parientes del condenado seducen al verdugo, y al pasarle la cadena por el cuello da éste una vuelta más y ahoga al reo. Ya comprenderéis que entonces el espec-

táculo pierde su interés, porque se ve quemar un cádaver en lugar de un hombre vivo. Pero este día el verdugo era un hombre de conciencia, y todos podíamos asegurar que los reos estaban vivos, en atención á que á pesar de los ruegos de todo el mundo, se les oía gritar ¡misericordia! durante más de diez minutos.

Terminada la ceremonia fueron todos á llenar un saco de ceniza á la hoguera, la cual parece que tiene el mismo privilegio que la cuerda de los ahorcados, que hace la felicidad de las familias.

En el momento en que, á imitación de los demás, acababa de llenar mi saco, sentí que me deslizaban un billete en la mano; me volví y ví á una vieja que poniéndose el dedo en la boca pronunció alejándose esta sola palabra: ¡leed! permaneci un momento indeciso, y después, desdoblado el billete, leí lo siguiente:

«Esta noche á las diez se os espera en el jardín de la tercera casa, á la derecha del estanque. La casa tiene persianas verdes y dos cocos á la puerta. Saltaréis la tapia y os detendréis debajo de árbol triste, donde irá á buscaros la misma dueña que os ha entregado este billete.»

Me volví en dirección de la dueña, que permanecía á poca distancia; la hice una señal de asentimiento, á la que contestó con una cortesía, y desapareció.

## XVIII

## Los matrimonios del tío Alifafes

## TERCER MATRIMONIO DEL MISMO

## DOÑA INÉS

Sabía dónde estaba el lugar de la cita. Desde lo alto de la muralla de la antigua ciudad había descubierto todos los alrededores, y había reparado en un paseo encantador á orillas de un estanque, en cuyas alamedas tienen los portugueses marinos casas de recreo cercadas de jardines.

En cuanto al árbol llamado el *árbol triste* porque no da flor sino de noche, ya tenía noticia de él, pues en mi casa había uno de la misma especie.

Á las nueve y media salí de Goa; llevaba tres ó cuatro perlas bastante hermosas para que no fuesen despreciadas en el caso de tener que hacer un regalo. Coloqué como por casualidad un puñal debajo de mi chaleco, y me decidí á seguir con intrepidez aquella aventura nocturna.

Á las diez menos cuarto llegué á la casita, la que no tardé en reconocer por las señas que de ella se me habían dado. Di la vuelta en derredor de ella tratando de encontrar un sitio en que la tapia no fuese difícil de escalar, cuando hete aquí que me veo una puerta, que para evitarme sin duda el trabajo de encaramarme á la tapia,

habrían dejado abierta; en efecto, empujé, cedió y me encontré en el jardín.

Una vez dentro, lo de menos era buscar el sitio en que se me había dicho que esperase. Guiado por su admirable perfume, penetré á poco tiempo bajo la sombra que proyectaba el árbol á su alrededor.

Sus flores, que se abren á las diez de la noche para venirse á cerrar antes de la venida del día, mecían blandamente sus embalsamados cálices, y de toda la multitud de flores que adornaban el árbol destacábanse algunas semejantes á copos de nieve, y cayendo á mis pies parecían invitarme á que me reclinase sobre su lecho suave.

Aunque soy de un carácter poco poético, como habréis tenido ocasión de conocerlo, no pude dejar de seducirme por los encantos de aquella deliciosa noche, y lo único que siento en este momento es hablaros como pobre y viejo marino que soy, y no como un poeta y un pintor como vosotros.

Biard y yo nos inclinamos.

— En verdad, tío Alifafes, os aseguro que hacéis mal en disculparos por esto. Tenéis para narrar la misma facilidad que Mr. Bernardin de Saint-Pierre.

— Os doy gracias, señores, dijo el tío Alifafes, pues aunque no conozco á Mr. Bernardin de Saint-Pierre, creo que me decís una galantería, y esto basta. Continúo, pues...

Hallábame esperando en aquel sitio hacia un cuarto de hora, cuando creí percibir el ligero roce de un vestido y un ruido de pasos, después de lo cual distinguí perfectamente una forma humana que se aproximaba con timidez. Llamé dulcemente, y sin duda debió tranquilizar á mi guía el sonido de mi voz, pues viniéndose en derechura hacia mí me presentó la punta de un cinturón, y comenzó á andar delante sin pronunciar una sola palabra, en dirección de la casa, la cual, á excepción de dos ó tres

ventanas, cuya luz interior filtraba al través de las rejas de las persianas, estaba completamente á oscuras, tanto más cuanto que su color era encarnado, y ni aun sus contornos se distinguían en medio de las sombras de la noche.

Así que pasé los umbrales se aumentó la oscuridad. Entonces la dueña tiró del cinturón hasta que llegó á tocar mi mano, la cual me cogió. Subimos una escalera, atravesamos un corredor, y abriendo una puerta, por la que salieron torrentes de luz, me empujó dentro de una habitación, en la que se hallaba una mujer admirablemente hermosa, y que tendria á lo sumo veintidós años, reclinada sobre unos almohadones cubiertos con ricas telas de la China, y sostenidos por una especie de catre de bambú.

En medio de la habitación, cuya atmósfera renovaba continuamente un inmenso abanico colgado del techo, y que parecia moverse sólo, había una mesa cubierta de dulces y de pasteles.

En aquella época era yo joven, algo buen mozo y nada tímido; al contrario, dije algunas galanterías á la joven, las cuales recibió como una mujer que al fin y al cabo las había pedido. Últimamente me senté á su lado.

En Ceylán y en Buenos Aires habia aprendido mal que bien á chapurrar un poco de español; el español y el portugués allá se van; y luego después cuando no le entienden á uno con palabras, se habla por medio de gestos.

Manifestóme que la colación aguardaba allí hacia más de una hora, y yo le respondí que, puesto que hacia una hora que aguardaba, era necesario no hacerla esperar más tiempo.

Nos sentamos á la mesa, y según es costumbre en España y en Portugal, no habia más que un vaso para los dos.

El Oporto y el Madera brillaban en sus botellas, el uno semejante al rubi y al topacio el otro. Habia probado entrambos liquidos, hallándolos exquisitos y de primera calidad, y cuando me disponia á hacer lo mismo con los pasteles y dulces, entró de repente la dueña toda asustada, y acercándose á la dama pronunció algunas palabras á su oído.

— ¡ Hem ! pregunté ; ¿ qué hay ?

— Nada, respondió tranquilamente mi hermosa desconocida ; es mi marido, el cual creí que permanecería tres ó cuatro dias en Gondapour, y que acaba de llegar como una bomba. Suele hacer de cuando en cuando algunas de las suyas el horrible mestizo.

— ¡ Ah, ah ! exclamé. Por ventura ¿ sería celoso vuestro marido ?

— Como un tigre.

— Es decir, que si me encontrase en este sitio...

— Os mataría.

— Bueno es saberlo, dije sacando mi puñal y colocándole sobre la mesa ; así estaremos prevenidos.

— ¡ Oh ! ¿ Qué es lo que hacéis ? dijo.

— ¡ Cáspera ! ya lo veis ; hay un refrán que dice : más vale matar al diablo, que nos mate él á nosotros.

— ¡ Oh ! no habrá que matar á nadie, contestó riéndose y mostrándome dos hileras de perlas, junto á las cuales hubieran parecido negras las que yo llevaba en el bolsillo.

— ¿ Pues cómo ?

— Yo me encargo de todo.

— Entonces estamos perfectamente.

— Sólo os pido que entréis en ese gabinete que cae á un terrado, y no dejéis de observar lo que va á pasar aquí. Si mi marido da un paso hacia el gabinete, lo cual no es probable, pasáis al terrado y saltáis sin miedo, pues no tiene más que doce pies de altura.

— ¡Bravisimo!

— ¡Andad! en cuanto á mí, haré lo posible porque este accidente no altere en lo más mínimo nuestros planes.

— ¡Tanto mejor!

— No tengáis cuidado, andad, que oigo pasos en la escalera.

Me introduje en el gabinete, en tanto que la joven aqueella tiraba por una ventana abierta el plato de porcelana y el cubierto de plata que podían denunciar mi presencia; saqué en seguida del pecho una bolsita bordada de plata, y de ella un frasquito que contenía un licor verdusco, del cual derramé algunas gotas en las frutas y en los pasteles. Hecho esto, se levantó y se dirigió á la puerta; cuando se hallaba en la mitad del camino, abrióse ésta y apareció en ella, no un horroroso mestizo, sino un indio magnífico, de tez de color de bronce florentino, y de barba espesa y rizada.

Vestía un rico traje musulmán, aunque era casi cristiano.

Caballero, no sé si habéis estudiado á las mujeres; pero bien sean terrestres ó marinas, creo que mientras más bonitas son, sobresale más en ellas la falsedad y la hipocresía. Aquélla de que hablamos, que era hermosa como el amor, dirigió á su marido la misma sonrisa que antes me habia dirigido á mí. Pero á pesar de esta sonrisa, el recién llegado parecia hallarse algún tanto distraído.

Lanzó una mirada en torno suyo y se puso á olfatear como un ogro hambriento de carne humana. Me pareció notar que sus miradas se dirigían hacia el gabinete. Dió un paso hacia donde yo estaba, y yo retrocedí dos; cogió la llave de la puerta, y por mi parte me deslicé desde el terrado á las ramas de un árbol espeso. Vi una especie de sombra que asomaba sobre mi cabeza. Contuve el

aliento. La sombra desapareció. Respiré, y alzando lentamente la cabeza, no tardé en ponerme al nivel del terrado.... No ví á nadie.

Entonces tuve curiosidad de ver lo que pasaba en la habitación de que acababa de salir. Volví á subir al terrado con la agilidad y destreza de un marino, y me acerqué de puntillas, á fin de ver, si podía, al través de la puerta que se habia quedado entreabierta.

Mis dos esposos estaban sentados á la mesa el uno al lado del otro. La mujer tenía á su marido amorosamente enlazado entre sus brazos, mientras que éste comía con bastante apetito los pasteles, sobre los que su mujer habia rociado algunas gotas del licor verdusco.

El marido me volvía la espalda; la mujer estaba de perfil, y sin duda veía la mayor parte de mi semblante al través de la puerta entreabierta, pues me hizo un guiño que queria decir ahora veréis lo que va á pasar.

En efecto, casi al mismo tiempo, el marido cogió tréneticamente un vaso y brindó por la salud de su mujer. Después de este brindis entonó una canción que se terminó con un acompañamiento á toda orquesta de golpes en los platos y en los vasos con el cuchillo. Al fin se levantó y empezó á bailar á la manera de las bayaderas, embozándose con la servilleta.

Entonces la mujer se levantó de la mesa, se acercó á la puerta, detrás de la que observaba yo aquel extraño espectáculo; la abrió y me dijo con tono tranquilo: ¡salid!

— Salid... salid, respondi; eso se dice fácilmente: pero.....

— ¡Vamos! dijo cogiendome una mano y tirando de mí; ¡ cuando os digo que salgáis!

Me encogí de hombros y la seguí.

En efecto, entregado completamente el marido al baile de *carácter* que habia adoptado, continuó su baile soli-

tario, haciendo las posturas más graciosas con su servilleta. Pero como ésta no bastaba á cubrir voluptuosamente sus graciosos ademanes, que debían estar algún tanto velados, según costumbre entre las bayaderas cuando bailan, se quitó el turbante de la cabeza y comenzó á bailar el *paso del chal*.

Mientras tanto la mujer me había conducido al canapé donde estaba reclinada cuando yo entré, y á cada observación mía se encogía de hombros.

Viendo lo cual, no volví á dirigirle ninguna más.

Al cabo de tres cuartos de hora de bailar, el marido, que también por su parte parecía haberse divertido mucho, roncaba como un cañón de órgano.

Me aproveché de esta circunstancia para pedir una explicación sobre aquellas gotas de agua verdosa que habia derramado en los pasteles, atendido á que tenia sospechas de que todo el entusiasmo del marido por la vocalización y la danza procedía de aquel licor.

El licor verdoso era troa.

— Perfectamente, Sr. Alifafes, respondí. Ahora explícadme, si gustáis, lo que es el troa. Me prometisteis, á fuer de hábil narrador que sois, hacerme ese favor á su debido tiempo. Me parece que la ocasión ha llegado ya.

Caballero, el troa es una hierba que nace en la India con mucha abundancia; cuando está verde aún se la saca el jugo, ó bien cuando está madura se reduce á polvo la semilla. Después se mezcla este jugo ó estos polvos con los alimentos que va á tomar la persona de quien quiere uno desembarazarse momentáneamente. Entonces esta persona se absorbe en sí misma; canta, baila y se duerme sin ver nada de lo que pasa á su alrededor. Despierta, y como se ha olvidado completamente de lo que ha pasado, se le cuenta la primera mentira que á uno se le ocurre, y la cree de buena fe.

Esto es el troa, y ya veis que esto es una cosa sumamente útil y cómoda. Así es que se asegura que todas las mujeres de Goa llevan siempre un frasquito con agua de troa, ó un saquito con polvos de lo mismo.

Á las cinco de la mañana mi hermosa portuguesa me suplicó la ayudase á colocar á su esposo en la cama, y como iba á amanecer, nos despedimos mutuamente, prometiéndonos que nos volveríamos á ver.

Ocurrióme la idea de hacerme de un cargamento de troa y enviarla á Europa con un programa detallado de la virtud de aquel género: pero todo el mundo me aseguró que se deterioraría pasando el mar, lo cual me hizo renunciar á una especulación que sin embargo no hubiera sido del todo mala.

Entretanto, iba prosperando mi especulación en frutas. Mis diez esclavas me traían un día con otro seis rupias de beneficio limpio; es decir, 36 ó 40 francos de nuestra moneda, lo cual es una renta enorme para Goa, donde todo está barato en extremo.

Así, pues, mi amigo, que era comerciante en especias, vino un día á proponerme una alianza con su hija doña Inés, encantadora joven, educada con devoción en el convento de la Anunciación, y á quien habia visto en su casa una ó dos veces.

Doña Inés era muy hermosa; parecía modesta, y por otra parte ya me iba cansando de mi portuguesa, que poco á poco me iba atrapando todas las perlas. Luego después, ¿qué queréis? yo era muy propenso al matrimonio antes de que las mujeres me hubiesen disgustado; así es que acepté la proposición de mi amigo el comerciante.

Sacaron á doña Inés del convento con la intención de que nos conociésemos, y encontré en ella aquella hermosura y modestia que me habian sorprendido anteriormente. No tenía más defecto aparente que los ojos un poco ensangrentados. Pregunté de dónde provenia el

tener los ojos de aquella manera, lo cual indicaba que habia derramado abundantes lágrimas: pero me dijeron que doña Inés era inocente hasta tal punto, que cuando le anunciaron que iba á salir del convento se habia deshecho en llanto. Pregunté á la joven cuál era la causa de aquel dolor, y en efecto, la encantadora criatura me dijo que no tenia vocación por el matrimonio; que salia del convento con un pesar verdadero, pues en él encontraba cuanto podia apetecer.

No pude menos de sonreirme al ver tanta inocencia; pero esperaba que el matrimonio haria en ella el mismo efecto que los viajes hacen en el viajero, á quien no puede menos de seducir la novedad de los sitios por donde pasa. Así, pues, no me inquieté por aquel pesar ni traté de indagar su origen.

Decidióse de común acuerdo entre mi amigo y yo el matrimonio de doña Inés; arreglamos el dote, y tres semanas después, habiendo cumplido todas las formalidades preparatorias, fuimos casados con gran pompa en la iglesia de la catedral.

No me detendré ahora á explicar las ceremonias del casamiento, pues son con corta diferencia las mismas que en Francia. Por otra parte, doña Inés parecia haber olvidado completamente su convento. Brillaba en su rostro toda la alegría que permitia su decoro, y cuando llegó el momento de retirarnos, me pidió con un pudor divino que la permitiera retirarse á la alcoba nupcial, aunque sólo fuese un cuarto de hora, para tener tiempo de desnudarse y acostarse.

Mucho era un cuarto de hora en aquellas circunstancias; pero en fin, ¿quién resistia á una súplica tan tierna?

Por otra parte, me habían preparado para hacer tiempo una mesita cubierta de manjares exquisitos y de platos de China. Había sobre todo una botella de moscatel de

Sanlúcar tan incitante, que no pude menos de ponerme á beber filosóficamente á la salud de mi hermosa desposada. Jamás he bebido un vino como aquél, y sin embargo me precio de conocedor en vinos.

Comí algunas frutas... ya sabéis que yo comerciaba en ellas. ¡Pues bien, caballero, en mi vida he comido una semejante!

El vino era néctar; la fruta ambrosia.

Luego después unid esto á cierto gustillo de ácido que me hubiera hecho comer toda la noche sin parar, si al primer vaso de vino que apuré y á la primera banana que comí, no hubiera sentido una alegría tan extraordinaria, que no pude menos de entonar una canción de las que cantaba cuando iba á bordo.

Debo advertiros que yo no canto nunca, pues tengo una voz tan desagradable que yo mismo me horripilo de oirme. ¡Pues bien! aquella noche me parecia que cantaba como un ruiseñor, y tenia tanto gusto en oír mi voz, que se me iban los pies sin querer, y parecia que me levantaba solo del suelo, como si en vez de un vaso de moscatel hubiese bebido una cuba de aire inflamable. Para abreviar, la tentación era tan fuerte, que al fin comencé á bailar llevando el compás con un cuchillo sobre el fondo del plato, que sonaba como una pandereta. Me veía en un espejo, y no puedo negarlo, estaba contento de mi mismo, y mientras más me miraba más ganas tenia de verme, hasta que á fuerza de cantar se extinguió mi voz, á fuerza de bailar se cansaron mis piernas, y á fuerza de mirarme no veía más que unas llamas azules y color de rosa, yendo á caer lleno de júbilo sobre un gran sofá.

En aquel momento no habia en la tierra hombre más feliz que yo.

No sé cuánto tiempo permanecí dormido; pero cuando me desperté sentí en la planta de los pies un fresco agra

dable. Extendí los brazos y mi mujer estaba á mi lado ; atribuí á ella aquel bienestar en que me hallaba, y no pude menos de agradecersele.

— ¡ Ah ! dijo dando un suspiro.

¡ Oh, caballero ! la entonación de aquel suspiro me recordó de tal modo el suspiro que oí en Negondo la primera noche de mis bodas con la hermosa Nahi-Nava-Nahina, que me estremecí de pies á cabeza.

— ¡ Eh ! exclamé.

¡ Pues bien ! sí, digo ; ¡ ah ! respondió.

Os lo aseguro, me quedé frío como el hielo ; mis dientes se chocaban unos contra otros, y en medio de mi temblor murmuré :

— ¡ La Buchold ! ¡ la Buchold !

— Sí, sí, la Buchold que viene á anunciaros, ¡ marido mío ! que sois padre de un segundo hijo, hermoso como Cupido, que cumplirá mañana seis meses, y á quien he bautizado con el nombre de Tomás, por ser este el santo del día en que impedí tu casamiento con la hermosa Nahi-Nava-Nahina. Le tuvo en la pila el ingeniero de Diques, Mr. Van Brock, el cual me ha prometido ser para el chico un segundo padre.

— En verdad, mujer mía, le dije, la noticia es agradable, convengo en ello ; pero puesto que he aguardado ya cinco ó seis meses para saberla, bien podía haber esperado cuatro ó cinco días más.

— Sí, comprendo, dijo la Buchold ; al menos no habría turbado vuestro matrimonio con la hermosa doña Inés.

— Justamente, eso es, ya que tenéis empeño en que os lo diga.

— ¡ Ingrato !

— ¿ Cómo ingrato ?

— Sí, no me agradeces el que haya tratado de evitar que fueses engañado pérfidamente.

— ¿ Cómo engañado pérfidamente ?

— Así es, engañado y muy engañado. ¿ No te pidió tu mujer un cuarto de hora para desnudarse y acostarse ?

— Sí.

— Para hacer tiempo durante esté cuarto de hora, ¿ no bebiste un vaso de moscatel de Sanlúcar y no comiste una banana ?

— En efecto, me acuerdo de eso.

— ¿ Y desde entonces te acuerdas de algo ?

— De nada.

— Pues bien, amigo mío, en aquel vino había jugo de troa, y aquella banana estaba rociada con polvos de la misma hierba.

— ¡ Ah, miserable !

— De manera que mientras dormías como un lirón y roncabas como un cafe...

— ¿ Qué ?

— Vuestra casta mitad...

— ¡ Eh ! mi casta mitad...

— Una persona muy devota que se confesaba todas las semanas con un fraile muy buen mozo, cuando estaba en el convento...

— ¿ Y bien ? ¿ y bien ? mi casta mitad...

— ¡ Bueno ! ¿ queréis ver lo que hacía mientras tanto ?

— ¿ Estaría confesándose quizás ? exclamé.

— Justamente, mirad.

Y me llevó á una rendija que tenía la pared, por la cual se veía perfectamente lo que pasaba en la alcoba.

Caballero, era tan humillante para un marido lo que vi por la rendija, sobre todo durante la primera noche de bodas, que agarrando un bambú que había allí como por milagro, abrí la puerta y comencé á dar de palos al confesor de doña Inés, el cual echó á correr como los sentenciados que quemaron en el campo de San Lázaro al tercer día de mi llegada.

En cuanto á mi mujer, comencé á hacerle severas reconvencciones sobre su conducta.

Pero me respondió con la mayor sangre fria :

— Está bien, caballero ; quejaos á mi padre y yo me quejaré á la inquisición.

— ¿ Y de qué os quejaréis, señora ? pregunté.

— De que interrumpís mis servicios religiosos maltratando á un santo varón á quien todo el mundo conoce por mi confesor hace más de tres años. Ea, pues, caballero, marchaos ; sois un hereje, y como no quiero vivir con un hereje, me vuelvo á mi convento.

Y al decir estas palabras se marchó más soberbia que una reina ultrajada.

En cuanto á mí, al oír la palabra *hereje*, me sobrecogió un terror pánico y ya creí verme vestido con una túnica negra pintada de llamas hacia arriba ; y me sentía atado por los pies, por el cuello y la mitad del cuerpo al madero del campo de San Lázaro ; de manera que no vacilé un solo instante, sino que cogí mi antigua hucha, metí en ella dos ó tres mil libras más que había economizado en mi comercio de frutas desde que llegué á Goa, y acordándome de haber visto aquella mañana un buque próximo á darse á la vela para Java, me trasladé inmediatamente á él, abandonando la casa, el jardín y los muebles á quien quisiera.

Por fortuna, el buque no esperaba para partir más que un poco de brisa de Este, acompañada del refluo. Llegué á bordo acompañado de una y de otro, ajusté con el capitán mi travesía en diez pagodas, y en el momento en que los primeros albos de la mañana comenzaban á blanquear los tejados de la iglesia de Goa, tuve la satisfacción de conocer que, secundados por el viento y la marea, que nos impulsaban insensiblemente, no tardaríamos en hallarnos en alta mar.

Mis temores no eran infundados, porque dos años después me quemaron en efígie en el campo de San Lázaro.

## XIX

### Intercalación

JAMES ROUSSEAU

Ya lo he manifestado á mis lectores ; la obra que publico en este momento es enteramente personal. Además de mis recuerdos, contiene un sinnúmero de acontecimientos cotidianos que á su vez serán también recuerdos, ¡y en mis cuentos prodigo no tan sólo el poco ó mucho talento que Dios ha tenido á bien concederme, sino, una gran parte de mi corazón, de mi vida, de mi individualidad.

Esto es lo que hace que hoy les hable de otra cosa distinta que del tío Alifafes, y deje á nuestro intrépido aventurero bogar por el sombrío y misterioso océano de la India para seguir el alma de un amigo que viaja á estas horas por el océano sombrío y misterioso también, aunque de un modo distinto, de la eternidad.

Habia pasado la noche en la primera representación del drama de *Harmental*. Según creo, era la cuádragesima vez que se reproducía para mí aquella prueba de la lucha del pensamiento con la materia, del aislamiento contra la multitud, juego terrible que me ha hecho no jugar jamás á otro juego, porque en él expongo no tan sólo una cantidad de oro igual á la que pueden arriesgar